

Ernesto Boero Lillo

## Cuando llegó el maestro

Recuerdos y añoranzas; después de haber leído los «Discursos Universitarios» de don Enrique Molina.

### I



ONCEPCION, desde los principios de la República, y retrocediendo más en el tiempo, desde las místicas horas de queda coloniales, ha sido una ciudad señera en la vida histórica de Chile. Principalmente en el siglo XIX. Sus familias patricias tenían una prestancia sobria y distinguida, y observaban en la vida ciudadana y republicana una altiva dignidad trascendente hasta la orgullosa y poderosa capital, con quien Concepción fué rival en muchos e importantes aspectos. Algunos de sus egregios varones, echadas las bases de nuestra independencia, llegaron a los solios más altos del gobierno y administración nacionales. Pasadas las épocas turbulentas de la patria, muy propias de los primeros pasos

y balbuces en la libertad política, los penquistas se entregaron de lleno al laboreo de sus valles prometedores de sazonados frutos y del dorado trigo que les daría en abundancia harina y pan. Pero esto no bastaba. Región de montañas y más montañas revestidas de impenetrables bosques de maitenes, de boldos y de quillayes—arisca cabellera verdinegra adornada con el rubí de sus copihues de aristocrática elegancia—los espíritus emprendedores y avizores, con la cooperación de los tórax y de los músculos anchos y recios de sus pobladores, perforaron el suelo y el subsuelo hasta hacer surgir a la luz y a los ojos maravillados, nuestro oro negro, abridor de esperanzas cuajadas en realidad sin más distancia que siete noches. Prendió con tan grande estímulo material y moral, la emulación en las voluntades. Ya no bastó ni el dorado trigo ni el sazonado fruto. Además los valles propicios a la fecundación no eran tan vastos para hacer soñar en el camino ascensional de una comunidad de hombres siempre en tensión de progreso. Y agudizando la imaginación creadora, Concepción meditó con tenacidad y hondura en el aprovechamiento de sus ríos y sus mares, de sus bosques y hasta del viento que azotaba las caras como latigazos impulsores de acción. Empezaron entonces a levantarse más y más establecimientos fabriles de la más variada índole, lo que hizo de la zona la región más industrial del país.

Paralelamente con este afán por explotar las riquezas del subsuelo, y por crear y perfeccionar manufac-

turas que nos independizarían, lenta pero seguramente, de nuestra sumisión tributaria a Europa y Norteamérica, nació y crecía entre los habitantes un marcado deseo de acrecentar su acervo cultural y espiritual. Constituye esto un aspecto digno de ser subrayado en la historia de la vida de Concepción. Siempre hubo en ella un esfuerzo de superación por el espíritu, en ningún momento abandonada, a pesar de que en el orden material sus progresos eran tan grandes que fácilmente podrían haber absorbido todas las voluntades y todos los propósitos. No se entregó, pues, ciega y total a la adoración del dios mercader. Sus establecimientos educacionales de segunda enseñanza—no mencionamos a la instrucción primaria por ser ella el A B C de la existencia de un pueblo incorporado a la civilización—fueron activos centros de cultura. El Liceo de varones—Instituto Literario como se le llamó en sus primeros tiempos—ejerció una vasta y provechosa influencia. Mas, al correr de los años, no bastó la sola enseñanza humanística. Concepción quería más. Y nació, como un reconocimiento del Estado a su importancia, el Curso de Leyes, con su enseñanza completa y con un profesorado respetabilísimo por su idoneidad y por su sabiduría en el ejercicio del Derecho y en la aplicación de la Justicia. De esta manera, Concepción no sólo llegó a ser la Tebas de Chile, sino que Atenas también la ungió con su gracia, y se la llamó la Metrópoli del Sur y la Reina del Bío-Bío.

En esta ascensión integral se mantuvo hasta princi-



pios del presente siglo. Desde entonces, la tan necesaria simultaneidad en la marcha del progreso industrial y espiritual fué sufriendo, paulatinamente, un rompimiento, una dislocación, con mengua del último. Cierto es que su Liceo y su Curso de Leyes daban todo lo que podían dar, y que era harto, pues desde todos los puntos del sur, hasta desde los más australes, acudían a sus aulas. Pero el Concepción fabril subía y subía, con mayor rapidez que el de la cultura; su comercio hacía brillar las calles con sus vitrinas rutilantes de luminarias; sus estaciones ferroviarias y sus caminos de acceso hacían aumentar la población flotante compuesta por gentes atraídas por la «Metrópoli del Sur», ya que para vender el producto de sus cosechas, ya para adquirir útiles de labranza, ya para proveerse de mercaderías para sus «tiendas y almacenes» de carácter universal, verdaderas panaceas en donde el aldeano encontraba desde el «terno» dominguero para él y la blusa de chillona percala para su «pior es ná»—pasando por la yerba y el arroz y el carbón—hasta la «toma» para el empacho y el unguento milagroso para todos los dolores que nos da nuestra frágil envoltura humana. Abigarradas gentes, de todos los oficios y de toda catadura, pobres y ricos, llenaban los hoteles y las casas de los parientes, de los amigos y de los compañeros, siempre generosos, dicharacheros y locuaces ante la reconfortante mistela y el sabroso puchero, chilénísimos símbolos hogareños de bienvenida y de amistad. Era una sucesión de ir y venir; columnas de hor-

migas humanas llegaban a Concepción a ver al doctor, al picapleitos, por simple recreo o por ganas de francachelas, aburridos de la paz y del silencio de su campo y de su villorrio.

Entonces fué cuando Concepción empezó a soñar, y entre las sutiles gasas del ensueño una universidad resplandecía. El tiempo, a la larga, mutila nuestras ilusiones y esperanzas, o, cuando no las mata las deja estériles en su agonía. Y la universidad soñada empezó a verse tan lejana que tomó los contornos brumosos de lo quimérico. Los años se sucedían, y los espíritus ansiosos de ciencia y de belleza, si no emigraban hacia la Capital Metropolitana, revoloteaban como mariposas sin encontrar la flor que les diera el néctar o la ambrosía. Algunos, transmutados por el hechizo del ambiente, perdían lentamente el colorido, hasta quedar —metamorfosis total— incorporados al enjambre monocorde del colmenar, incansable en dar cera y miel para el dios de los pies alados.

Sin embargo, no por ello, recalcamos, dejaba Concepción de mantener el cetro de supremacía en todo orden, entre las ciudades de la vastísima zona de la mitad sur de Chile. Pero lo cierto es que se iba sintiendo aminorada. Estaba insatisfecha. Había un fervor contenido—el fervor por la cultura y por el espíritu— que no hallaba su salida, ni su campo para extenderse ni su cielo para elevarse. Era una fuerza constreñida entre paredes de hierro; caudal de aguas crecido en las largas tardes invernales de lluvia y viento, pugnando

por encontrar su cauce para seguir a campo traviesa bajo el sol y las estrellas. Y así, Concepción, en medio de sus afanes cotidianos, soñaba y seguía soñando con una universidad resplandeciente. Mas, no encontraba al realizador de sus sueños. En esta espera pasaron diez años, pasaron veinte y quizás más. Hasta que llegó un maestro . . .

## II

Llegó un maestro. Llegó con varios libros en sus manos, libros apretados de hojas y de pensamientos. Sus ojos claros, bondadosos y penetrantes, se posaron primero sobre los millares de niños y adolescentes venidos de todas las latitudes de barro dócil y lluvia pertinaz, pobladores bulliciosos de la mole gris que mira los pinares del Caracol y eleva la aguja de su torrecilla central como queriendo perforar los cántaros de nubes que corren veloces en sus vuelos hacia el norte y hacia el sur. Después su mirada se extendió por la ciudad, pasó por los campanarios nunca terminados de iglesias y conventos, se detuvo en sus centros de cultura, alternó en cordial diálogo con sus hombres, y vió que los horizontes espirituales de la ciudad eran más vastos que lo que ella misma se creía tener.

Y don Enrique Molina—el maestro—se dió una consigna: La jurisdicción de mi apostolado irá más allá de los muros externos del Liceo: Concepción entero será una sola



aula para todos los que han hambre de ascensión espiritual. Y sobrellevando sinsabores, rompiendo barreras de indiferencia y de pesimismo, pisoteando desconfianzas y despreciando malevolencias de los malos y de los necios, don Enrique Molina fué El Enviado para un pueblo que sentía languidecer su espíritu, no por falta de iniciativas, no por escasez de ansias de superación, sino porque no encontraba el guía, el mentor, el visionario luchador, el maestro que supiera vestir túnica de peregrino, untar los labios con miel ática, encender las lámparas votivas, y darse y darse, y sembrar y volver a sembrar, en tierras yermas que se tornarían en fecundas, en tierras fecundas que se tornarían en ubérrimas, sin importarle ni la tempestad tremebunda ni el sol calcinador. Y así se hizo el milagro . . .

Y milagro fué. Cinco, diez, veinte, cincuenta, fueron los hombres que de la aridez de los códigos, de la sala del dolor y de la muerte, de la sordidez del mesón mercader, de las usinas trepidantes y del humo enceguecedor, hasta de la pobre mesa escolar, subieron, con decisión unos y con timidez otros, a la tribuna pública rindiendo culto a las deidades de la Sabiduría, de las Artes y de la Elocuencia. En cada ocaso el sol abría su amplia sonrisa y la luna veló a muchos soñadores insomnes en el auscultamiento y en la revelación de su propio ser.

El Liceo fué sede de este renacimiento de la vida intelectual perquista. Era en tiempo de nuestra moce-

dad. Recordamos con nitidez de hoy nuestro atisbo por los intersticios de las puertas y ventanas de la austera sala en donde se reunía lo más granado del sector profesional, de la banca y del comercio, del profesorado y del periodismo. Rostros severos, barbas canas, anteojos doctorales, perfiles juveniles, formaban círculo alrededor del que era nuestro Rector—de don Enrique—profesor y padre espiritual nuestro y de toda la muchachada liceana. Orgullo incontrolado nos hacía iluminar nuestras caras malamente adornadas con un pretencioso e incipiente bozo. Hubiéramos querido incorporarnos a los debates que adivinábamos desde nuestro refugio de atisbo. Y cómo no querer ser también protagonistas cuando éramos de los que postergábamos el árido texto escolar, tan insulso nos parecía, por la charla de cenáculos literarios en los que tuteábamos a los grandes escritores mundiales y a los poetas y novelistas de nuestra tierra. En voz baja y en tono misterioso de *Eclesiastés* recitábamos «Los sonetos» de Gabriela, y «La Nueva Marsellesa» de Víctor Domingo era lluvia de carbones encendidos para nuestras honestas rebeldías de corbata flotante. Nos creíamos ¡y lo éramos! hierofantes del pensamiento humano... ¡Ah, Anatole, el viejo Anatole, el de la ironía de raso y quinqué, tu abate Coignard y tu buen señor de Bergeret, dónde están! ¡Ah, José Enrique, manantial de Juvencia en selvas de América, mármol con soplo vital de Grecia y Roma, tu Ariel, tu gracioso y leve Ariel de alas desplegadas, yerto está, y no hay Prós-



peros que unten sus labios sitibundos: ¡Y dónde está Maeterlinck, que no está en sus tierras de Flandes, con el fantasma invisible y ululante de la muerte, «la intrusa», sobrecogiendo nuestras almas! ¡Dónde Verlaine, hosco Verlaine, con su vaso de esmeralda asesina, y las flores del mal ¡oh Baudelaire! dónde están! ¡Dónde está Darío, el de las piedras preciosas, con sus manos de princesa y su testa de indio huraño! ¡Dónde ese abuelito lindo y regañón de don Miguel con su España incrustada en el corazón y en medio de su España, prendidos con garfios de médula y de sangre, su Salamanca y su Dios!... ¡Qué grande era el mundo y qué inmenso el mundo de las almas! La belleza estaba en cada cosa, hasta en los guijarros de nuestros senderillos, porque la llevábamos dentro, muy dentro de nuestro ser. Hoy, la melancolía de otoño de nuestra vida, nos hace marchitar las flores de todas las primaveras y secar los frutos de todos los estíos... ¡Ah!...

... ¡te fuiste para no volver!  
 Cuando quiero llorar no lloro  
 y a veces lloro sin querer!

### III

Concepción renacía. Renacía a la vida del espíritu. Esa joya arquitectónica del Teatro—sala maravillosa por su armonía de líneas, de colores y de proporciones—fué escenario de sucesivas veladas. La ciencia, la

poesía y la música, hacían de cada acto un acontecimiento digno de la más exigente ciudad de vieja estirpe de civilización y cultura. Fué un desfile por la elegante sala, bajo la esplendorosa araña de bronce con sus cien tulipas luminosas dando vida al legendario Apolo y a las briosas cuadrigas de Hermes abriéndose paso por entre nubes vaporosas y alados geniecillos, del soberbio plafond. Fué desfile de los hombres más cultos y más artistas del propio Concepción. La ciudad, por primera vez, empezó a conocerse a sí misma y a valorizar sus propios valores. ¡Se iba realizando el deseo del maestro de ejercer su apostolado sin limitación de espacio! ¡y ni de tiempo!

Pero esto era poco aún. En aquellas reuniones en la rectoría del Liceo, que nosotros atisbábamos con la curiosidad insolente de la edad, iba gestándose y adquiriendo formas ese ensueño de los ensueños, esa aspiración de las aspiraciones, esperanza de las esperanzas que se sentía en misión de lucha y de ascenso. La sombra enjuta y sutil del Señor de la Mancha, se proyectaba desde los ángulos de la sala a los pechos de los circunstantes, iluminándolos con la sonrisa grande del Quijote rompedor de todos los obstáculos y realizador de todas las ilusiones.

Por fin, en un día de abril de 1919, la Universidad de Concepción daba su primer vagido de niño recién nacido a la vida. Sus pañales fueron de tosco lienzo. No había para más. De burdo madero fué su cuna. Nació así como Cristo, pobre de toda solemnidad.



dad, huérfano de toda gala, rodeado sí del amor y de la esperanza de cientos de peregrinos que llegaban hasta su cabaña de barro y paja. No le faltaron ni los Reyes Magos llevándole como ofrenda el puñadito de oro y el incienso y la mirra. Ni la estrella faltó en la noche azul; y, para mayor similitud con la primera sonrisa del Niño de Belén, los astros brillaron más que nunca, las flores acentuaron su perfume, y las aves y las bestias dieron mayor fuerza a su coro arrítmico y discorde. Los hombres meditaron preocupados, casi temerosos, en una tan extraña y grande responsabilidad. Grupos de muchachos, juventudes animosas, espíritus sedientos venidos desde todos los horizontes, llegaban sacudiendo su bolsón escolar cubierto aún por el polvo gris de los caminos y por la blanca escarcha de las madrugadas. En los corazones de las madres un gozo de alivio florecía, y sus latidos eran más que nunca, canción de cuna para sus retoños, carne de sus carnes, esperanza, razón y gloria de su existencia. La ciudad toda fué todo un florecimiento.

Los días pasaban. El niño crecía. Tanta responsabilidad inquietaba. Quizás cuántas noches en vela pasó el maestro, codos en la mesa, manos en la mejilla, pupilas muy abiertas perforando la obscuridad de la noche y la niebla del porvenir. Mas, con cada sol nuevas esperanzas renacían, y la lucha continuaba, continuaba sin descanso, sin tregua, hasta que el niño dió su primer paso... Y lo dió ¡oh, inefable alegría! con tal decisión, con tal firmeza, con tanta seguridad y gra-



cia, que muchos corazones tocaron a rebato saliendo sus sonos por las bocas, por los ojos y por los poros del cuerpo y del alma. Desde la misma Capital, imbuída de su calidad de eje y centro nacional de la ciencia y de la cultura, llegaron hasta las márgenes del Bío-Bío a escrutar, con ojos de desconfiada curiosidad, tan grande milagro surgido en esa lejana tierra azotada por aguas y vientos bíblicos. La revelación fué sorprendente. Y al transcurrir los años, la sorpresa primera ha dejado de ser sorpresa para transformarse en una conciencia, en un convencimiento, en una axioma, en una verdad, real y tangible.

Y ahí está la Villa Universitaria, serena y augusta, en un recodo con sabor a égloga del valle de la ciudad, abrazada por montañas como brazos de madre—guirnaldas perfumadas en la ternura, bastión de granitos cortantes en la defensa. El espectáculo para el que llega hasta ese rincón idílico por cualquiera de las vías que lo conducen, es soberbio. Vagabundear por sus avenidas; detenerse en las perspectivas; seguir las aristas de sus edificios; meditar un poquillo ante la carne de ambrosía de la Quimera, la nudosa y tensa del viejo Horacio, la aterida y magra de la Miseria, la briosa y esbelta de los Gladiadores; aspirar el perfume de las rosas y de los jazmines o extasiarse ante el colorido y la gracia de las dalias y de los crisantemos; y subir y subir la espiral del Campanil hasta llegar a lo más alto, y desde ahí, dominando el panorama inmenso. soñar... ¿Soñar en qué?... ¡En lo que queráis!.. En el

bien, en la verdad, en la belleza; acaso en la alegría del sol y en la alegría del viento; acaso en vuestra buena hada Madrina, porque ahí—os lo aseguramos— os sentiréis como niños, como niños vibrando maravillados ante la revelación de la tierra, de los astros, de Dios... Nosotros, acodados en la barandilla, abrimos el libro de nuestra vida y buscamos el capítulo más denso de emocionados recuerdos, y leemos: «Llegó un maestro. Llegó con varios libros en sus manos, libros apretados de hojas y de pensamientos. Sus ojos claros, bondadosos y penetrantes»... Y una ráfaga violenta nos vuelca las hojas, mientras sentimos en nuestras sienes la caricia enervante del hada Melancolía...

Descendemos la espiral, y al poner de nuevo nuestras plantas en tierra, entre la alegría de flores y niños seguimos nuestro camino, seguimos nuestro camino...